

Complace en su conjunto esta última obra de García Garriuso. Nitidez, concisión y uso correcto de la terminología técnica, son preciadas cualidades que, en nuestra opinión, enmarcan el estilo y la obra del autor. Parco en bibliografía, el libro alcanza cumplidamente la meta que sin duda se había propuesto el Fiscal del Arzobispado de Tánger: confeccionar una guía útil para quienes de una forma u otra se ven involucrados en los conflictos que hemos reseñado. Sin embargo, por su pericia y conocimiento del derecho musulmán, García Barriuso nos parece llamado a realizar trabajos de mayor altura científica, a explicitar sistemáticamente los principios rectores de la codificación marroquí; principios que se tocan tangencialmente aquí y allá en la obra que comentamos. El giro que se observa en la concepción de la nacionalidad, el contenido del principio de tolerancia religiosa antes citado, el deseo persistente de borrar toda huella de "colonialismo", la mentalidad que se refleja en la definición del matrimonio, la exclusión de toda posibilidad de renegar de la fe musulmana, la prohibición de matrimonios entre una musulmana y un no musulmán, la indole peculiarmente egoísta del casi inexistente derecho internacional privado marroquí, etc..., forman un vasto material susceptible de adecuada matización y se podría pensar en una investigación que le diera un entramado lógico según un método más riguroso. De esta forma, sin excesivo apego a la exégesis de los textos legales, podría ofrecernos un valioso estudio comparado en un campo prácticamente inexplorado y de grandes posibilidades.

ANTONIO ARREGUI YARZA

GUIDO GONELLA, *La persona nella Filosofia del Diritto*, Pubblicazioni dell' Istituto de Filosofia del Diritto dell' Università di Roma, ristampa, 1 vol. de 300 págs., Milano, Ed. Giuffrè, 1959.

Nos ofrece el ilustre Prof. Guido Gonella, ya desde hace años alejado de las tareas docentes —por la dedicación que ha debido prestar con sus relevantes dotes a la política activa de su país— una reimpresión del estudio publicado en 1938, sobre la naturaleza de la persona, consi-

derada desde diversos puntos de vista: metafísico, moral, jurídico y teológico.

Se trata —escribe el A. en el prólogo— de un "estudio polémico en el clima histórico de 1935-38, en el que perdominaban otros valores", contrastantes con los que inspiran el libro que comentamos; es decir, con los principios fundamentales de la Filosofía perenne, siempre de candente actualidad y henchidos de adaptabilidad dinámica. Se explica, por ello, el incasante diálogo que mantiene con las corrientes filosóficas más en boga por entonces entre los cultivadores de la Filosofía del Derecho en Italia, especialmente el idealismo actualista gentiliano y las de inspiración neokantiana.

En nuestros días el tema no suscita menos interés, y la polémica que tal estudio puede ahora provocar no sería menor. Lástima que no se discutan en la nueva edición las ideas filosóficas que más han influido en la inteligencia europea en estos últimos quinquenios. El diálogo con quienes sostienen ideas divergentes, se ha hecho notar, enriquece casi siempre. Las posiciones más dispares, si son mantenidas con suficiente radicalidad y altura, destacan siempre algún aspecto de verdad que, al ser objeto de polémica, obligan a la inteligencia a replegarse sobre sí misma y a profundizar más en las propias convicciones, o a modificarlas al advertir facetas en la complejidad del tema objeto de polémica, que había permanecido, quizás, en una excesiva penumbra. Creemos que, por ejemplo, el estudio metafísico que el A. nos ofrece sobre la persona —en especial el tema de la intersubjetividad del ser personal— hubiera ganado en rigor y profundidad de haber tenido en cuenta la polémica de algunos modernos tomistas con la filosofía existencial de nuestros días, como tendríamos ocasión de ver.

Es evidente, con todo, el gran servicio a la ciencia jurídica que supone la reimpresión de una obra de tanta altura como la del Prof. Guido Gonella, pues apenas contábamos en la bibliografía filosófico-jurídica con estudios de conjunto sobre las profundas raíces que explican en sus diversos aspectos el porqué de la función central que la persona "natural" desempeña en las instituciones "jurídicas". Abundan relativamente, sí, estudios monográficos sobre el tema, pero faltan

## BIBLIOGRAFIA

obras de conjunto que lo aborden en todos sus aspectos fundamentales. La del ilustre A. merece ser difundida y ha venido a colmar un vacío por sus especiales características, que reseñamos a continuación.

Consta la obra de 23 capítulos y un apéndice, de clara redacción y densa doctrina. Destaca en la introducción la multiplicidad de problemas relativos a la persona, pues no interesan sólo las investigaciones sobre su naturaleza "a la vida de la individualidad particular; interesan también a la vida de la sociedad, siendo básicas para la misma vida social, en cuanto el espíritu es uno en la multiplicidad de sus manifestaciones". La distinción de una variedad de aspectos, expresados en categorías abstractas, fosiliza la realidad viviente: sólo en su unidad el espíritu es vida, actividad y persona. "La persona es unidad, en cuanto sus estados psicológicos, coexistentes o sucesivos, convergen todos en un centro", que permanece esencialmente igual a sí. Pero la unidad de la persona lejos de excluir, implica la multiplicidad de sus atributos, y por consiguiente, de problemas a ella relativos: teológico, relativo a la relación de la persona con Dios; y moral, jurídico o sociológico, relativos a la relación de hombre con hombre. Y todos ellos están, a su vez, condicionados por el estudio metafísico de la persona.

Estando la obra orientada a la solución del problema jurídico, estudia sucesivamente tres aspectos distintos —fundamentales para un estudio de tales características— cada uno de los cuales está condicionado por el anterior: Metafísica de la persona en la Parte I; Eticidad de la persona, Parte II; y la persona y la juridicidad, Parte III. Por último, en un apéndice, considera la persona "en la más vasta esfera espiritual y religiosa".

Es muy interesante el planteamiento que ofrece en la introducción. La investigación jurídica, señala el A., a pesar de los esfuerzos por eludir toda implicación metafísica —común a los "teóricos del derecho puro" "que creen poder negar un problema filosófico del Derecho refugiándose en generalizaciones conceptuales" (p. 6), y a aquellos otros más radicales (precisaríamos) que identifican la ciencia jurídica con la geometría de un formalismo lógico de conceptos puros— debería

reconocer que necesariamente "el concepto jurídico de persona está subordinado al filosófico" (ibid).

La técnica jurídica ha advertido en repetidas ocasiones la necesidad de encontrar conceptos universales válidos para unificar la gran variedad de manifestaciones empíricas emparentadas. Así, por ejemplo, Ferrara (p. 9), intentó encontrar una fórmula común válida para todas las personas jurídicas, tanto de Derecho público como de Derecho privado. Pero usan para lograrlo del método comparativístico que se mantiene en el terreno de las distinciones empíricas, y puede todo lo más ofrecer un concepto vacío de contenido y de significación ontológica, obtenido por abstracción extensiva, que por no sobrepasar el terreno de la generalidad jamás llega, por mucho que se avance en tal proceso (Teoría general), a alcanzar la universalidad propiamente filosófica, sólo accesible a una "abstracción intensiva o tipológica", diríamos con Maritain.

De ahí la necesidad de pasar al terreno de la Filosofía. Se comprende —observa el A.— el desinterés de la ciencia positiva del Derecho por la filosofía, si tenemos en cuenta la confusión, tan común entre los juristas entre lo general y lo universal filosófico (p. 8).

Se hace precisa, pues, una consideración filosófica, en su doble aspecto, metafísico y ético, de la persona, para unificar y esclarecer "su omnipresencia en la variedad y disparidad de la fenomenología jurídica" (p. 10) antes de pasar con garantías de acierto, al tratamiento estrictamente jurídico, que está subordinado a aquél. Transcribimos a este propósito un párrafo del libro que juzgamos del mayor interés (p. 6):

«La ricerca filosofica può essere condotta da un duplice punto di vista. Si è sul terreno filosofico in quanto si ricerca la natura intrinseca della persona: si è pure sul terreno filosofico in quanto si determina una *dottrina universale* del diritto soggettivo.

Per rendersi conto della subordinazione del problema giuridico al problema filosofico basta notare per es., che il negare o ammettere un *principio volontaristico* del diritto dipende in larga misura dal modo di intendere la persona; ugualmente si nega o si ammette una *volontà collettiva* dis-

tinta dalla *volontà individuale* negando o ammettendo una *persona morale collettiva* distinta dalla *persona fisica* individuale.

La scienza del diritto, per quanto pura, non potrà misconoscere che il problema della *volontà, razionalità e sostanzialità* della persona è un problema *filosofico* e, solo in un secondo momento, *giuridico*.

Estando fundamentada la ética en la metafísica, comienza su estudio, lógicamente, con una consideración metafísica de la persona. Para ello, después de justificar la legitimidad del problema metafísico, analiza detenidamente los elementos contenidos en la clásica definición de Boecio: Sustancialidad (determinando el concepto de sustancia, y la naturaleza del compuesto humano, alma y cuerpo); individualidad (determinada a través del examen de las doctrinas relativas al principio de individuación y de la distinción entre individualidad e individualismo, entre individuo, persona y personalidad); naturalidad (relacionando el concepto de naturaleza con el de persona) y racionalidad (pp. 27-80).

Después de criticar las doctrinas anti-sustancialistas (pp. 83-101) —insistiendo sobre todo en el fenomenismo empírico— pasa a un interesante estudio de la persona como relación. Señala cómo la persona no sólo es *ser* que se conoce a sí mismo (subjetividad, egoidad): es un sujeto en relación con otros sujetos, es decir, "relacionalidad". Puede decirse con Boecio que "*nomen personam significat relationem*". Es incomunicabilidad en cuanto individualidad, pero es relación desde otro punto de vista. La conciliación de esta aparente antinomia no es tarea fácil. Santo Tomás advertía cómo, en su tiempo, algunos, insistiendo en la unidad esencial de la persona, opinaban que significaba ésta "*essentiam in recto, relationem in obliquo*"; mientras que otros decían lo contrario: es la relación lo directamente significado por el término persona. Y el Angélico, por su parte, propone a su vez una conciliación entre ambas opiniones: puede decirse que es directamente relación, pero "*non in quantum est relatio, sed in quantum significatur per modum hipostasis*"; y puede también decirse que significa directamente la esencia, pues "*...essentia idem est quod hipostasis*" (Cfr. S. Th., I, 29, 4).

El A. se limita a transcribir los textos

del Santo sin iluminarlos en el contexto de la metafísica ahí latente. Las últimas investigaciones que sobre ella se han realizado (especialmente por E. Gilson y C. Fabro), permiten armonizar maravillosamente estas y otras antinomias que ha planteado en toda su dura crudeza la filosofía existencial de nuestros días: si el *esse* personal de Sto. Tomás (*perfectio omnium perfectionum*) es único para todas las determinaciones o aspectos que se alojan en el seno de la esencia (incluidas las facultades de relación), puede explicarse sin dificultad el porqué de la constitutiva relacionalidad o apertura de la persona humana, siendo el constitutivo de ella precisamente la indivisible existencia relativa. Podríamos, en consecuencia, decir de la persona, con Wilhelmsen, que es un "siendo abierto". Ni mera apertura relacional sin dimensiones entitativas que se relacionen —pues las nada no podrían hacerlo (existencialismo)—, ni ser absoluto que, además, está accidentalmente relacionado con los otros hombres —siquiera sea esta relacionalidad constitutiva del perfeccionamiento humano, como los hechos demuestran (tomismo de la escuela de Cayetano)—. La persona *es* relación en cuanto existe (*in quantum significatur per modum hipostasis*); y significa también directamente la esencia pues, "*idem est* (debiendo su unidad "*per se*" y, por consiguiente, su autonomía relativa —incomunicabilidad— al único *esse*) quod hipostasis".

Es en alto grado sugestivo el breve estudio que ofrece a continuación sobre la relación intersubjetiva de alteridad.

Muestra como implica ésta un *enfrentamiento* entre "el ego" y otro "ego", pero en modo alguno *oposición* en sentido fichteano; el otro ego es un "tú", no un "id". Si bien ambos términos de la relación yo-tú son *supuestos* separados, coinciden en un momento común: en el de "*socium*". "El yo real no es un presunto yo incomunicable e individual: es un "yo, bipolar, social" repite con I. Petrone (p. 112). La persona no viene menoscabada, sino enriquecida, corroborada por la vida social (p. 110). Pero el proceso expansivo y concentrativo propio de tal forma de relación —que implica cambio de vida entre personas que son generadoras de vida— no tiene sentido sin centros distintos de expansión y concentración: la

## BIBLIOGRAFIA

persona es determinación y relación; ego y socius.

Destaca cómo, en sentido ontológico, la conciencia del otro presupone la conciencia de sí, si bien, psicológicamente, la percepción del *yo* implica la del otro, y la del *yo socio* (conciencia federal) es síntesis de dos momentos de la conciencia de sí (*yo* y *otro* en relación de reciprocidad).

La terminología empleada por el autor, está condicionada en parte por exigencias de polémica con el idealismo de Fichte y el actualístico italiano más reciente. Pero recuerda también a Martin Buber. Lástima que no haya tenido ocasión el A. de poner al día su obra enriqueciéndola mediante una asimilación de la riquísima bibliografía moderna sobre el tema, tan actual, de la relación de alteridad.

La unidad personal, dice en el c. VIII —dedicado a resolver la antinomia unidad-multiplicidad de personas constitutivamente relacionales— no excluye la multiplicidad. Ejerce por el contrario una función unificadora de la realidad. Es “una” en su composición esencial, pero no “única”. La unidad no es pues absoluta, como al unicidad divina, sino relativa. Y lejos de excluir la multiplicidad, la condiciona, pues la multitud implica múltiples unidades distintas (pp. 119-126).

La segunda parte de la obra —dedicada a la “eticidad de la persona”— viene presentada por el A. como fundada en el precedente estudio metafísico. La persona no es sólo *ser*, es también *valor* que presupone el *ser*. La investigación ética nos permite determinar cómo es ella el centro de la vida moral, cómo despliega en ella la libertad, y cómo se concreta el finalismo.

Siendo la moral esencialmente personal, no puede echarse en olvido que el mundo ético trasciende la individualidad, pues, lo mismo que la persona, es portadora de individualidad y de socialidad en sus dimensiones. Las obligaciones sociales, por consiguiente, son en su raíz personales (p. 35). En este sentido cabe hablar de “personalismo” y de “humanismo” ético, y también, en consecuencia, jurídico.

Estudia las relaciones de justicia e igualdad entre las personas (“la correla-

ción jurídica de obligación-pretensión, es una correlación puesta en el ser por la alteridad y por la reciproca limitación”, afirma en la p. 162). La limitación en la libertad —en la persona “en cuanto” social— no es, con todo, de mera coexistencia, sino de recta razón ética.

Un único reparo haríamos a esta segunda parte: el capítulo III, dedicado al teleologismo de la persona, hubiera sido preferible tratarlo antes del estudio ético de los valores y de la libertad, pues en la filosofía práctica el fin debe ejercer siempre el oficio de principio en la argumentación. Personalmente —digámoslo de paso— nos parece excesivamente individualista su posición de corte maritainiano.

En la tercera parte, aborda el estudio propiamente jurídico de la persona. Es ella, afirma, la causa eficiente y final del derecho “*quod hominum causa constitutum est*” (D., 1, 5, 2). En esta idea central descansa el llamado por el A. “humanismo jurídico”, entendiendo por humanismo “el sistema de vida que respeta y pone en su valor a la humanidad”. Pero humanismo no antropocéntrico, sino teocéntrico —como diría Maritain, a quien cita (p. 179)— que tiene en cuenta la totalidad de aspectos del ser personal sin incurrir en unilateralismos. Por ello, ante el Derecho, repudiará la visión estrecha que agote la persona a sus manifestaciones en el mundo jurídico, en la mera normatividad del Derecho, pues es la persona la que funde el Derecho en su afirmación y en su limitación, y no al revés (p. 189).

Se echa de menos aquí un estudio filosófico del derecho subjetivo. Se limita el A. a destacar que no basta decir que es una *facultas agendi* —que puede ser de naturaleza también ética, religiosa, etcétera...— sino que implica una voluntad de imponer una pretensión frente a otros sujetos; y que, en consecuencia, supone la relación de alteridad (intersubjetividad) (p. 192).

La *capacidad jurídica* del hombre depende de su *ser persona*, y consiste en una abstracta cualidad de ser sujeto de derecho, que compete a todo hombre en cuanto hombre. De la síntesis entre ambos elementos deriva el concepto de *persona* en sentido jurídico. Los límites a

tal capacidad no niegan ni la existencia de la personalidad ni la del derecho; se refieren sólo a la aptitud de la persona en el ejercicio del derecho, que es confiado a otra persona que le representa. La persona es, pues, como "el título genérico" de los derechos, mientras que los títulos específicos deben buscarse en los múltiples modos de ser de aquélla (p. 193).

Destaca también la existencia de una "relación de alteridad" (interpersonales) en todos los derechos, tanto en los llamados personales como en los reales, que también serían, por consiguiente, en este sentido, personales. La propiedad sería en última instancia relación entre el yo y los "otros" respecto a una cosa: señorio sobre las cosas que implica la potestad de exigir respeto. Por ello la propiedad —siendo relación con personas en su última radicalidad— es un valor ideal, no material. Es condición necesaria para la existencia de la persona y por eso *debe* recabar para sí bienes materiales como instrumento para conservar su ser personal (p. 203).

Estudia a continuación, en su esencia, la persona en cuanto social. Es la persona que vive en sociedad la que pone en ser la sociedad poniendo en ser la relación de alteridad. La sociedad, al ser actuada, lejos de menoscabar al ser personal, lo acrecienta.

La realidad de la sociedad, es la de las personas —que presten su sustancialidad— en *unidad de orden* (momento formal específico de aquélla). Trata brevemente este interesante tema limitándose a resumir la doctrina tradicional. En otra obra del A., que también reseñamos aquí, sobre el bien común estudia otros aspectos necesarios para la comprensión filosófica del ser social.

Muestra también en esta sección de la tercera parte cómo debe ponerse la base psicológica de la sociedad en la conciencia del "nosotros", que se identificaria con la llamada conciencia de comunidad, llamada vulgarmente "espíritu de cuerpo" (p. 215), y cómo, por último, la voluntad social —o colectiva, como suelen denominarla los tratadistas de la persona jurídica— no es mera suma de voluntades particulares autónomas, sino una voluntad común que resulta de la ten-

dencia al mismo ideal social (lo cual supone una organización).

Por último, dedica cinco capítulos al estudio de la naturaleza y reconocimiento de las personas jurídicas, a la luz de las consideraciones precedentes. Las personas jurídicas son, en efecto, personas sociales consideradas según la categoría del Derecho. Se diferencian de las personas físicas no por carecer de las características de "naturalidad" y "corporeidad" —pues las reúnen— ni por ser meros entes de ficción, sino por su diversa realidad ontológica (que es precisamente la de la *sociedad*, al menos en el caso de las corporaciones).

Toda persona física es también jurídica, y las llamadas "personas jurídicas", en sentido estricto, son personas sociales —"personas" por analogía de proporcionalidad impropia— reconocidas como tales por el Derecho. Estudia —después de criticar la teoría de raíces nominalistas de la ficción—, la naturaleza de tal reconocimiento, que en modo alguno debe considerarse constitutivo, sino extrínseco. Después de clasificar y caracterizar brevemente los diversos tipos de personas jurídicas —echamos de menos una posición definida del A. acerca de la naturaleza de las fundaciones— termina la tercera parte con un capítulo acerca del Estado como persona.

En el apéndice hace unas breves consideraciones teológicas sobre el interés religioso del problema de la persona, y alude a las cuestiones metafísicas relativas a las Personas Divinas en el Misterio Trinitario.

JOAQUÍN FERRER ARELLANO

FRANCESCO PANTALEO GABRIELI, *Delitti contro il sentimento religioso e la pietà verso i difunti*, I vol. de 696 págs., Milano, Ed. Giuffrè, 1961.

La obra que comentamos tiene, como ya puede deducirse del título, dos partes claramente diferenciadas. En la primera, se tratan los delitos contra el sentimiento religioso y en la segunda, los delitos contra la piedad de los difuntos.

Este libro de F. Pantaleo Gabrieli es, prácticamente, un comentario al título IV del libro II del Código Penal Italiano —"Delitti contro il sentimento religioso e